

TRÍPTICO SELVÁTICO

I.- AMANECER

Era por la madrugada. Despertaba apenas.
Florece en sus retoños la alegre primavera.
Los senderos rociados refrescaban herbáticos.
El azul-cielo límpido reflejaba un mar lejano.

En la distante lejanía se divisaban espesas arboledas.
A derecha e izquierda campos de riego y sembrados.
Dos numerosos rebaños de cabras y de mansas ovejas.
Dos fieles perros-pastores a mis dos lados flanqueados.

Y yo caminando lentamente por la vereda humedecida
En una mano el bastón de madera ordenaba los hatos
Y en la otra mano mi flauta pánica brillante y afinada
Esperando a que la acompañara a los plácidos pájaros.

Lentamente nos íbamos aproximando a la selva.
Por la senda terrenal surcaban varias alimañas.
Unas huidizas, otras parsimoniosas y otras pasmadas.
Unos pasos más y se asomaban lejanos los primates.

Ya el sol asomaba su amarillenta melena por oriente.
El fresco que despedía el sendero subía por el cuerpo.
Era el momento de asentarnos a disfrutar del ambiente.
La aurora nos daba la bienvenida y nos invitó la pradera.

Hicimos alto. Los hierbales nutrientes estaban a punto.
Reunidos los dos rebaños se dispusieron a apacentar.
Los dos perros guardianes se asentaron a descansar
Pero sus ojos no cesaban de indagar con ojo rotundo.

El creciente sol trepaba por los peldaños del firmamento
Y parsimonioso arrojaba sus ardientes rayos por el prado.
Los dos pastores canes a mis órdenes levantaron armas

Y los rebaños ciegamente obedecieron la clara llamada.

Lentamente se dirigieron a casa. Tarea entregada.
El pastor volvería solo, pero con su afinada flauta.

II.- MEDIODÍA

Me hallé ante las abiertas puertas
del poliédrico templo verde.
Me sentí sobrecogido.

Ya el sol había llegado a su cenit. Verticales caían sus agudos rayos.
Pero seguía la oscuridad. Las copas de los árboles, melenas espesas
Cubrían el cerrado recinto de los rayos obcecantes. Oscuridad plena.
Sentí el peso agobiante del alto follaje verde y del muerto ramaje bajo.

Mediodía era. Y el bosque se cerraba. Por entre las rendijas del follaje
Se observaban vellones nebulosos. De ovejas esquiladas los pelambres.
En procesión le seguían enlutados nubarrones preñados de estridente
agua.
A un detonante trueno respondió la temblorosa tierra. Gimió la arboleda.

Loros, cotorras, cenizos, quetzales, cacatúas, periquitos y papagayos,
Atolondrados en una enorme y convulsa jaula se sentían atrapados.
Por tierra los cuadrúpedos corrían alocados. Tigres, leopardos, coyotes,
monos, gorilas, chimpancés, osos, pumas, alpacas, ciervos, antílopes.

Un rayo solitario se atrevió a penetrar por el espeso e impenetrable ramaje.
A un frondoso árbol le tocó. El flamígero rayo lo escindió en dos mitades.
Al caer se produjo el efecto dominó. Los cuadrúpedos se fugaban alocados.
Continuaban los truenos tremebundos y los rayos festivos y fuegos fatuos.

El firmamento actuante era el escenario, bajo el que operaba la tierra.
Nubarrones cargados de cisternas y presas, rayos con entrañas de llamas.
Vientos huracanados comenzaban a flagelar por los cuatro costados.
Copas, ramas, troncos y raíces sufrían daños de un seísmo arrebatado.

El desorden incontrolable de fuerzas convulsas y antípodas al fin cedió.
Lentamente los nubarrones se alejaron dejando estelas de pelaje ovejero.

Los tambores huracanados de conciertos borbotones en sordina se alejaron.

Y en suave luminosidad se despidieron los brillantes y obcecantes relámpagos.

III.- ATARDECER

El alejamiento de la tempestad dejó espacio a la tranquilidad. Amainada la selva, todo recobró y revitalizó su orden original. Retornamos a la pradera los dos pastores canes y los dos rebaños. Por la vereda acostumbrada caminábamos despacio los cuatro.

Tomé mi flauta en las manos. La limpié con un lienzo y la soplé. En tono y afinada estaba. Ejecuté las primaras notas. Recibí el eco. Sencillo fue el gesto. Algo inusitado acaeció. Una sorpresa me llevé. Cercanos a la selva oí de unasavecillas el perceptible suave trémulo.

Me alegré. Asentados los rebaños y los perros, me senté en un cepo. La brisa canjeó al viento, la humedad a la lluvia, las nubes al despejo. El sol en su lento caminar hacia el poniente enviaba sus tibias miradas. Que por entre el follaje de los árboles su encendido ojo nos guillaba.

Todo estaba harmónicamente entrelazado. Sol, cielo, selva, horizonte. Los cuadrúpedos y los bípedos volvían a sus quehaceres gastronómicos. La flauta afinada estaba dispuesta a mis mandatos musicales. Eran pánicos. Fueron las melodías de las sinfonías de “El nuevo mundo” y “La pastoral”.

Como a un San Francisco, tranquila y sucesivamente todas las aves cantoras. Se acercaban y posaban sobre mi hombro y mi flauta. Seguían ellos y yo cesaba.

Se estableció un diálogo harmónico e insólito entre ellos y mi afinada flauta. Se formó un coro sinfónico como hizo el gran Beethoven en algunas de sus obras.

El hermoso ojo solar se escondió detrás de la inmensa arboleda dejando paso

A su pariente la límpida y pálida luna que asomaba su dulce faz por el otro lado.

Era hora de retornar. Los pájaros levantaron vuelo y se velaron entre el follaje

Mientras que los caninos guardianes guiaron hacia sus cuadras a sus fieles rebaños.

Anocheceía.

Se había cumplido el círculo.

Se cerró el ciclo.

Se cumplió el selvático tríptico.